A LOS MAESTROS UNIVERSITARIOS*

Colegas Universitarios:

Aquí, en este Palacio, convertido con el tiempo en uno de los recintos más significativos de nuestra Universidad, nos reunimos hoy para reconocer en voz alta el trabajo generoso de quienes constituyen la esencia del quehacer universitario.

Mi reconocimiento es absolutamente para todas las maestras y los maestros de la Universidad; pero lo es mayor para aquéllos que han perseverado en la docencia. Porque se puede incursionar en la cátedra como una experiencia interesante, para satisfacer algunas inquietudes intelectuales o para compartir genuinamente conocimientos y estimular en otros la avidez por el saber; pero perseverar en la tarea, envejecer en la cátedra, es la prueba definitiva; es muestra contundente de vocación, es la esencia personalizada de la mejor tradición universitaria y de la vitalidad que la nutre y engrandece. Por eso, esta Ceremonia, congrega a aquéllos que han cumplido 25, 35 y 50 años de labor académica en la Universidad.

Quiero aprovechar este acto solemne para exponer algunas consideraciones relativas a nuestra vocación magisterial y a los desafíos que debe sortear nuestra institución, para garantizar en el futuro el cabal cumplimiento de función tan principal.

Estamos a las puertas de una amplia y profunda reforma de la institución. Es éste un momento propicio para concebir una *nueva utopía universitaria* sustentada en nuestros valores académicos, para responder a las expectativas que la sociedad mexicana ha depositado en nosotros. Es éste un momento en el que el ejercicio de la crítica debe abrir paso a los proyectos viables y pertinentes. Es éste un momento definitivo: ante los embates continuos de quienes quieren destruir a la Universidad, es necesario orientar el esfuerzo colectivo a la reconstitución que la institución requiere para salir adelante.

* Mensaje del Rector Juan Ramón de la Fuente el 15 de mayo de 2000, en el Palacio de Minería, con motivo de la celebración del Día del Maestro.

Los tiempos que corren nos permiten hablar de “utopía” no como un proyecto quimérico, ilusorio o irrealizable; sino como una importante referencia a los anhelos que actúan como impulso de la imaginación proyectiva y de la acción histórica de las comunidades. Porque en la Universidad, como en el país entero, no podemos avanzar sin la esperanza de construir un mundo y una vida mejores; no podemos avanzar sin un proyecto razonable de futuro. Así es que no sólo resulta conveniente, sino obligado, pensar en una *nueva utopía universitaria* con el fin de convocar el concurso de todos los universitarios - independientemente de sus identidades ideológicas y políticas- en un proyecto reconstituyente de la Universidad, para que pueda afrontar exitosamente las circunstancias que hoy amenazan con aniquilarla.

En ese sentido, y a reserva de las modificaciones que un diálogo verdaderamente serio y sustancioso pueda sugerir en lo sucesivo, reitero mi compromiso con un amplio proceso de Reforma de la Universidad, que sea claramente participativo e incluyente, un proceso dentro del cual el Congreso Universitario sea un hito, un punto de llegada de todos los esfuerzos de crítica y diagnóstico, al mismo tiempo que un punto de partida de un movimiento de renovación estructural y de actualización de los procesos concernientes a la generación, transmisión y divulgación de los conocimientos que requerimos los mexicanos en un mundo regido por el impulso -imposible de soslayar- de la mundialización de la economía, de la política y aun de la cultura.

El Congreso habrá de ser un capítulo fundamental de la interminable historia - por lo demás, inherente al ser mismo de toda universidad- de análisis críticos y correctivos que concreten una redefinición de los compromisos de nuestra institución con el saber, con el individuo y con la sociedad mexicana, en la que todos ellos adquieren sentido.

Creo en una Universidad plenamente identificada con los principios que rigen la vida académica. Esto significa que en ella deben tener preponderancia la búsqueda de la verdad, la formación científica y humanística de las nuevas generaciones, la racionalidad, la creatividad, la crítica inteligente y la autoridad sustentada en el dominio de saberes y en la solvencia académica. Todo ello debe estar por encima del empeño de individuos y grupos por satisfacer sus intereses particulares o de perseguir propósitos políticos e incluso económicos, comprensibles en entidades no universitarias, tales como los partidos políticos o los grupos sociales organizados con fines políticos,

pero totalmente ajenos al espíritu académico que debe prevalecer en la Universidad.

Ciertamente la universidad de un país con un desarrollo desigual no puede ser conformista; la universidad de un país que exige justicia no puede ser pasiva; la universidad de un país independiente no puede ser sumisa; pero la Universidad no puede involucrarse en las luchas políticas que sólo pretenden desgastarla, desviarla de sus fines, hacerla presa fácil de sus enemigos y, finalmente, destruirla.

Son falsas las proclamas que, abusando de la buena fe de unos y el interés que pudieran despertar en algunos medios de comunicación, pretenden hacer creer que la Universidad es un potencial foco revolucionario. Nada más erróneo. Ahí donde esa vieja tesis ha prendido, ni ha sobrevenido la revolución, ni ha sobrevivido la Universidad.

Estoy convencido de que mejor cumple su función social una política universitaria academicista -que no excluya por supuesto a nadie por razones económicas o ideológicas- que una política universitaria populista que relegue a un segundo plano lo académico, para privilegiar de manera unilateral compromisos de partidos o de organizaciones afines. Si la universidad académica deviene en una universidad militante, evolucionará, indefectiblemente, a una universidad sometida.

Estamos, decía yo, en un momento definitivo. Es el momento de actualizar y fortalecer nuestros principios y nuestros valores, junto con otros no menos importantes, como lo son nuestro marco jurídico y la excesiva estructura administrativa que con frecuencia entorpece también las tareas académicas.

Las modificaciones a nuestro marco jurídico deben ser la base de una reconstitución de las instancias colegiadas y ejecutivas de decisión en la Universidad. Creo en una Universidad más democrática, en la que se conformen nuevos organismos representativos, participativos y eficaces, superiores a los que actualmente rigen la vida institucional.

La complejidad de las estructuras y los procesos relativos a la docencia, la investigación, la difusión de la cultura y la administración, han rebasado en muchos aspectos la capacidad de las estructuras contempladas en nuestro marco jurídico vigente. Por eso, junto con los cambios legales necesarios, debemos pensar en una reorganización administrativa radical, que permita

agilizar las estructuras burocráticas y de pie a una descentralización efectiva de ese gran sistema que es la UNAM, cuyo gigantismo impide una administración más eficiente y también más transparente.

Debo insistir una vez más: no se trata de fragmentar a la Universidad ni de desarticularla, menos aun de anular su identidad de máxima casa de estudios de nuestro país. Se trata de crear las condiciones para acometer con mayor eficiencia los problemas generados por su propio crecimiento demográfico y de lograr así, dos propósitos de suma importancia: facilitar una participación más efectiva de la comunidad en la toma de decisiones y poner, de hecho, a la administración al servicio de la docencia, la investigación y la difusión de los beneficios de la cultura.

Es, pues, el momento de avanzar hacia la Reforma Universitaria a partir de decisiones bien fundadas, de proyectos consistentes y de los valores y principios que nos identifican como universitarios, como miembros de esta Universidad.

En la impostergable tarea de poner en marcha la Reforma Universitaria, el profesorado está llamado a jugar un papel preponderante. No me cabe la menor duda de que nuestros profesores estarán, una vez más, a la altura de tan importante iniciativa, aportando sus ideas, sus experiencias y sus propuestas. En la medida en que los cambios jurídicos, estructurales y administrativos definan los límites y los términos de su participación en la nueva dinámica de la institución, es de esperarse que nuestros profesores desempeñen una función primordial en el proceso de construcción de esa *nueva utopía universitaria*.

En la Reforma que se avecina, el más importante objeto de nuestras preocupaciones y de nuestros análisis críticos, es la propia función docente. Debemos cuestionarnos cómo debe entenderse el trabajo de enseñar, formar y educar, en el contexto de una Universidad como la nuestra, en un país y en un mundo como los actuales.

Frente al desarrollo imponente de las nuevas tecnologías, no podemos olvidar que educar es mucho más que proporcionar información. Educar es formar personalidades, constituir a los sujetos éticos y políticos que habrán de asimilar y digerir todo un orden cultural y moral en el que los conocimientos adquiridos en la Universidad tengan una pertinencia y un sentido. Educar es forjar seres humanos sensibles, autónomos, críticos, creativos, comprometidos

con la comunidad a la que pertenecen, aptos para enriquecer y darle continuidad a la tradición cultural en la que están inmersos. Eso y mucho más es lo que han hecho las maestras y los maestros de todos los tiempos en nuestra Universidad y en ello estriba, precisamente, que la vitalidad de nuestro profesorado continúe latiendo con fuerza, abriéndole paso a nuestra institución hacia el futuro.

Estimadas maestras y maestros:

Hoy más que nunca está en sus manos la grave responsabilidad de conjurar la posibilidad de que la crisis de la Universidad, al perpetuarse, la lleve a su destrucción. Hoy más que nunca está en sus manos la posibilidad de evitar que se apoderen de la Universidad los fundamentalismos más peligrosos, los que son incapaces de articular sus intereses con propuestas, porque no pretenden llegar a compromisos sino alargar indefinidamente los conflictos; los que al carecer de contenido manejan un discurso con funciones meramente expresivas, que acompaña con frecuencia a los hechos de violencia inusitados que hemos experimentado, porque sólo acrecentando la polaridad pueden mantener una identidad.

Hoy, *Día del Maestro*, tengo el honor de dirigirme a este nutrido y distinguido grupo de colegas para compartir con ustedes estas reflexiones, pero sobre todo, para ofrecerles mi mayor reconocimiento; para reiterarles mi convicción de que la solidez y profundidad de la Reforma Universitaria están garantizadas por la calidad académica y moral de todos y cada uno de ustedes. Los exhorto con ello a que ahonden su participación en este proceso, cuyos alcances históricos son previsibles, integrándose con toda su capacidad, toda su vocación y todo su compromiso a las acciones que preparen el camino para realizar exitosamente el próximo Congreso Universitario, en que la Universidad ha cifrado sus esperanzas, tan utópicas como alcanzables.

“POR MI RAZA HABLARÁ EL ESPÍRITU”